

El trilema político de Rodrik:

globalización/soberanía nacional/democracia

(capítulo del libro de Kepa Bilbao Ariztimuño *Capitalismo. Crítica de la ideología capitalista del «libre» mercado. El futuro del capitalismo*. Talasa, 2013)

Con Joseph Stiglitz, Dani Rodrik, uno de los mayores expertos mundiales en la globalización, sin rechazar los beneficios que aporta esta y el capitalismo cuando se trata de dar rienda suelta a la energía colectiva de las sociedades humanas en el ámbito de la economía, es quizás una de las voces críticas más penetrantes y sugerentes de la actual globalización económica. Su posición se sitúa en un punto intermedio entre los hiperglobalizadores y los antiglobalizadores. Tanto Stiglitz como Rodrik nos dicen que otro mundo, otra globalización es posible. Nos proponen una globalización que no funcione solamente para los ricos y poderosos, sino también para todos los pueblos incluyendo a aquellos de los países más pobres y que priorice profundizar la democracia de base de cada nación frente a una integración económica profunda que la erosione o vacíe. La tesis principal de Rodrik es que la globalización máxima y la democracia son irreconciliables por la sencilla razón de que su objetivo no es mejorar el funcionamiento de la democracia sino acomodar intereses financieros y comerciales que buscan mercados al coste más bajo posible.



El profesor de Harvard estudia el efecto de la globalización en los aspectos comercial y financiero en un marco, como el actual, donde el ámbito territorial y decisorio de lo político, el Estado nación, no coincide con el ámbito territorial de lo económico, el mundo. Para Dani Rodrik, este desequilibrio que se da entre el alcance nacional de los Estados y la naturaleza global de los mercados constituye el talón de Aquiles de la globalización económica. A diferencia de los mercados nacionales que cuentan con sus respectivas instituciones políticas y reguladoras fuertes, los mercados globales padecen una gobernanza débil que los hace propensos a la inestabilidad. No existe un banco central, una agencia reguladora global ni otras instituciones reguladoras internacionales y, por supuesto, no existe democracia global. En *La paradoja de la globalización*, en cuyo subtítulo se pregunta acerca del papel de la democracia en el futuro de la economía mundial, plantea que nos enfrentamos a lo que denomina el *trilema político de la economía mundial*.¹ Sostiene, a contracorriente de las posiciones neoliberales dominantes, que no es posible tener hiper-globalización, democracia política y un Estado nacional competente. Según su análisis solamente dos de las tres premisas del trilema son compatibles al mismo tiempo, pero nunca tener las tres simultáneamente y en su esplendor. Es decir, (1) la democracia se debilita en el marco del Estado nación si éste está integrado profundamente en la

¹ Dani Rodrik, *Ibid*, pp. 203-227, Antoni Bosch, Barcelona, 2011.

economía internacional; (2) la democracia puede convivir con la globalización si se articulan fórmulas de gobernanza transnacional y se debilita el Estado nación; (3) la democracia y el Estado nación son compatibles solamente si retrocede la globalización.



En el primer marco de hiperglobalización se renuncia a la democracia. La hiperglobalización o una globalización plena sin trabas y el Estado nación funcionarían bien en un mundo en el que los únicos servicios que proveen los gobiernos son aquellos que garantizan el buen funcionamiento de los mercados. Podemos imaginar un mundo de esta clase, y es en el que pensaba Tom Friedman cuando acuñó el término *camisa de fuerza dorada*: el mismo traje, las mismas reglas para todos los países, es la que nos traerá riqueza. En este mundo el objetivo de los gobiernos consiste en ganar la confianza de los mercados para poder atraer comercio y entradas de capital. La receta es clara: oferta monetaria restringida, gobiernos pequeños, impuestos bajos, mercados laborales flexibles, desregulación, privatización y apertura por todas partes. Puesto que la hiperglobalización de Tom Friedman no permite que los países se desvíen de estas reglas, la política nacional se reduce a elegir entre Coca-Cola y Pepsi-Cola. Todos los demás sabores, especialmente los locales, se quedan fuera. Puedes tener así, al mismo tiempo, tu globalización y tu nación Estado, siempre y cuando mantengas la democracia a raya. Y Rodrik se pregunta, ¿hemos de renunciar a la democracia si queremos conseguir una economía mundial totalmente globalizada?. En este marco, como estamos comprobando en Europa, la democracia sale seriamente perjudicada. La más evidente manifestación se encuentra en la implantación de gobiernos tecnócratas no electos en Grecia e Italia. En ambos casos, los gobiernos no solamente se han visto obligados a acatar todas las exigencias impuestas por los mercados, Bruselas y el FMI, sino que además cualquier intento de someter dichas demandas a consulta popular ha resultado inviable.

La segunda opción es el modelo de gobierno global, consiste en la posibilidad de ir sacrificando paulatinamente el Estado nación y construir redes sólidas de democracia transnacional que sean compatibles en escala, espacio y poder con la globalización. Requiere la creación de una comunidad política global que sea muchísimo más

ambiciosa de todo lo que hemos conocido hasta ahora o que sea probable que la pongamos en práctica en un futuro no muy lejano. Requeriría que la democracia creara reglas globales que se apoyaran en mecanismos de responsabilidad muchos más complejos de los que tenemos hoy. Una gobernanza global democrática de este tipo, dice Rodrik, es una quimera. Podríamos imaginarnos algún tipo de federalismo global como sería el caso del modelo estadounidense expandido a nivel mundial. Un caso menos ambicioso para Rodrik, a escala regional, siendo la excepción que pone a prueba la regla, es la Unión Europea, en el que se pueden apreciar las dificultades de conseguir una unión política lo suficientemente robusta para defender una integración económica profunda y eso que Europa, dice, comprende a un grupo comparativamente pequeño de naciones con niveles de ingresos similares y con trayectorias históricas similares. Rodrik se muestra escéptico respecto a esta opción de un gobierno mundial, sobre todo por razones fundamentales más que prácticas. En su opinión existe demasiada diversidad en el mundo para meter con calzador a las naciones con unas reglas comunes. Es improbable que los gobiernos nacionales cedan un control significativo a instituciones transnacionales, y las reglas armonizadoras no beneficiarían a sociedades con necesidades y preferencias diversas. Ve la hiperglobalización incompatible con la democracia. En cualquier caso, dice, el federalismo real a escala global está por lo menos a un siglo de distancia.

La tercera opción -que es por la que se decanta Rodrik- consiste en limitar la globalización para fortalecer la democracia y la soberanía nacional que priorice los objetivos sociales y económicos nacionales sobre los de las empresas multinacionales, los grandes inversores y bancos transnacionales. Una delgada capa de reglas internacionales que deje un amplio espacio de maniobra a los gobiernos nacionales es una globalización mejor. Permite hacer frente a los males de la globalización a la vez que conserva sus grandes ventajas económicas.

En su propuesta se incluyen algunas de las reivindicaciones del movimiento antiglobalización o altermundista como la tasa a las transacciones financieras que propuso Joseph Tobin hace más de 25 años, la eliminación de los paraísos fiscales, la reforma de las principales instituciones financieras y comerciales, etc. Considera que la forma más eficiente y socialmente deseable de globalización no es una máxima hiperglobalización que escape a cualquier mecanismo efectivo de gobernanza, sino fórmulas ponderadas que equilibren las fundamentales ganancias del comercio internacional y los compromisos razonables de los poderes públicos con sus sociedades en materia de bienestar y democracia. Critica la globalización vista desde el Consenso de Washington de los años 90, con sus recomendaciones de economías abiertas, privatizaciones y desregulaciones, Estado más pequeño e internacionalización de las finanzas. Rodrik apuesta por volver a una nueva versión del multilateralismo del sistema de Bretton Woods que dominó el sistema internacional entre 1950 y 1980, el cual logró un crecimiento sin precedentes y el progreso social, con la aceptación plural de los controles de capital, liberalización del comercio limitada y la participación en la definición de política industrial.

Necesitamos, dice Rodrik, una globalización inteligente, no una globalización

máxima. Las democracias tienen el derecho a proteger su organización social, y cuando este derecho interfiere con los requisitos de una economía global, es esta la que debe dejar paso.

Es cierto que en el desarrollo y exposición de Rodrik no se precisan cómo se pueden identificar en la práctica los límites a poner a la globalización, dónde está la frontera que distingue una globalización limitada de una hiperglobalización, ni cuáles son las reglas mínimas internacionales que permitirían conectar los distintos Estados nación. Tampoco aborda, tal como él mismo lo reconoce, el problema de los bienes comunales globales como el calentamiento global, el uso de recursos naturales globales, como es la pesca en aguas internacionales, y la protección de las selvas tropicales que sí requieren de una política e instituciones globales con objeto de ser gestionados para el desarrollo de todos los pueblos. En todo caso, las prioridades y los criterios de fondo por los que aboga el profesor de Harvard están claros. El debate está servido y la salida por la que se opte al trilema que propone marcará el rumbo de la globalización y el capitalismo en el futuro próximo.

En el marco regional de Europa, al calor de la situación de crisis, las discusiones y desencuentros entre las distintas élites políticas y económicas está teniendo lugar de una forma muy viva, debido fundamentalmente a las diferencias de intereses económicos entre los distintos países. En cualquier caso, la óptica neoliberal en estas discusiones es la predominante con resultados muy preocupantes para la supervivencia de las distintas democracias nacional liberales, el autogobierno y el bienestar social de la mayoría de la población, especialmente de la Europa del sur.

Si los sistemas democráticos de tipo liberal representativo son incapaces de implementar soluciones políticas reales al dejar de ser los centros de decisión política, entonces la idea de un poder representativo deja de tener validez. Como Habermas ha criticado, la incapacidad que tienen los sistemas mundiales para funcionar correctamente ha supuesto el derrumbe de las idealizaciones neoliberales, dejando al descubierto la manifiesta incompetencia de los Estados nacionales y de sus coaliciones para superar la crisis global y la del euro. Para el filósofo alemán, la presión de la crisis y la histeria de los mercados han aplastado la democracia dentro de la Unión Europea. El poder ha dejado de pertenecer a los ciudadanos y se lo han apropiado instituciones como el Consejo Europeo, cuya legitimidad democrática es bastante cuestionable. Critica la deriva tecnocrática y economicista de la Unión Europea y sugiere básicamente que los tecnócratas han llevado a cabo, eficaz y silenciosamente, un golpe de estado financiero. "En algún momento después de 2008, dice Habermas, entendí que el proceso de expansión, integración y democratización no se mueven automáticamente hacia adelante por su propia voluntad, que es reversible, que por primera vez en la historia de la UE, en realidad estamos viviendo un desmantelamiento de la democracia. No pensé que esto era posible. Hemos llegado a una encrucijada"².

² Se puede consultar la reseña completa en Spiegelonline "Habermas, the last European. A Philosopher's Mission to Save the EU", 25-11-2011, por Georg Diez.

En *Hay alternativas*, Vicenç Navarro, Juan Torres y Alberto Garzón, haciéndose eco de estos problemas señalan cómo: “La estructura económica de los distintos miembros de la Unión Europea es muy diferente y sus intereses en muchos casos son incluso antagónicos, lo que hace que las políticas que convienen a determinados grupos sociales de unos países resulten claramente perjudiciales para otros. Y si bien los mecanismos de compensación pueden mitigar a veces los efectos dañinos que conlleva aplicar determinadas políticas no siempre se acaba por resolver este conflicto, que es uno de los grandes problemas de la Unión”³. Lo que proponen los autores como medidas prioritarias a nivel europeo son: un sistema fiscal potente, unificado y progresivo; la aprobación de un nuevo estatuto para el Banco Central Europeo; una fuerte regulación de los mercados financieros; la autosuficiencia financiera y el control de capitales; el establecimiento de impuestos sobre las transacciones financieras; la adopción de un nuevo modelo productivo; un sistema de convenios colectivos a nivel europeo y la democratización de las organizaciones europeas. A escala global propugnan, la democratización de las instituciones económicas internacionales; el impulso de los planes de estímulo; la renegociación de la deuda; la regulación financiera internacional; el control de la ingeniería financiera y del riesgo sistémico; un nuevo sistema monetario internacional; acabar con el cinismo del comercio internacional; Gobierno y justicia económica global⁴.

En esta misma línea, son cada vez más numerosas las voces que abogan por replantear el equilibrio entre la globalización y una soberanía nacional y europea que salvaguarde los derechos sociales y económicos de la mayoría que tanto ha costado conseguir. De hecho, si Europa no ha caído en una depresión social como la que se dio en los años treinta del siglo pasado ha sido gracias a las redes de protección y seguridad social existentes del cada vez más menguado Estado de bienestar.

Una de las consecuencias más significativas del colapso de la economía neoliberal, con su culto al “mercado autorregulador”, ha sido el resurgimiento del gran economista inglés John Maynard Keynes. Una buena parte de la izquierda hace suyos los criterios keynesianos como los más apropiados, tanto para defender el Estado del bienestar como para hacer frente a la crisis. Para Walden Bello, uno de los representantes más destacados de la desglobalización y defensor de una transformación de la economía en profundidad, el keynesianismo proporciona algunas respuestas a la situación actual, pero no proporciona la clave para superarla. En su opinión, el keynesianismo es principalmente un instrumento para reavivar las economías nacionales pero la globalización ha complicado de manera importante este problema. Como ocurriera con el keynesianismo en el marco nacional, lo que él llama la “Socialdemocracia Global”, entre los que se encontrarían, entre otras personalidades políticas e intelectuales influyentes a nivel mundial, los economistas Jeffrey Sachs, Paul Krugman y Joseph Stiglitz, busca en el marco global un nuevo

3 Vicenç Navarro, Juan Torres y Alberto Garzón, *Hay Alternativas. Propuestas para crear empleo y bienestar social en España*, p.167, Ediciones Sequitur/ATTAC, 2011.

4 Vicenç Navarro, Juan Torres y Alberto Garzón, *ibidem*, p.175 y ss., Ediciones Sequitur/ATTAC, 2011.

compromiso de clase que venga acompañado de nuevos métodos para contener o minimizar la tendencia del capitalismo a la crisis. Así como la vieja socialdemocracia y el New Deal, dice Bello, estabilizaron el capitalismo nacional, la función histórica de la "socialdemocracia global" sería la de hacer lo mismo, pero esta vez a escala global. En su opinión, "El capitalismo global ha enfermado debido a sus contradicciones inherentes, pero lo que se precisa no es una segunda ronda de keynesianismo. La profunda crisis internacional exige severos controles de la libertad de movimiento de los capitales, regulaciones estrictas de los mercados, tanto financieros como de mercancías, y un gasto público ciclópeo. Sin embargo, las necesidades de la época van más allá de estas medidas keynesianas: se necesita una redistribución masiva de la renta, atacar sin treguas ni compases de espera, directamente, el problema de la pobreza, una transformación radical de las relaciones de clase, la desglobalización y, acaso, la superación del capitalismo mismo, si hay que atender a las amenazas de cataclismo medioambiental"⁵.

Ahora bien, como toda discusión sobre alternativas, esta no es una cuestión meramente técnica, es un problema de fuerza social, de contar con el apoyo social suficiente para llevarlas adelante y poder político para realizarlas. En este sentido, se puede decir que las fuerzas sociales que podrían hacer frente al auge del conservadurismo y el neoliberalismo económico existen en diversa medida en cada país, pero es del todo insuficiente y muy débil a nivel transnacional. Este vacío y, a su vez, necesidad apremiante se ha hecho más evidente con la actual crisis.

Si nos remitimos al marco regional europeo, para enfrentarse a la orientación hegemónica neoliberal liderada hoy por la canciller Merkel, los partidarios de esa otra Europa más social tendrán que oponer un amplio *movimiento social*, plural y unificado en torno a unos objetivos políticos concretos que cuenten con un amplio respaldo social en muchos de los países que la conforman y, a su vez, se dote de las correspondientes expresiones institucionales para actuar con operatividad y eficacia.

5 Walden Bello, *Keynes: ¿Un hombre actual?*, www.sinpermiso.info, 2009. El sociólogo, politólogo y activista filipino Walden Bello fue uno de los intelectuales de referencia de la primera oleada antiglobalización emergida a finales del pasado siglo en Seattle. Frente a la globalización neoliberal, Walden Bello fue -junto con los miembros de *Focus on the Global South*- el primero en proponer la desglobalización como una alternativa sobre todo para los países en desarrollo, aunque considera que dicha alternativa es también pertinente para las economías capitalistas centrales, *¿Llegó la hora de poner fin a la globalización?*, www.sinpermiso.info, 2009. Autor, entre otros, de *Desglobalización. Ideas para una nueva economía mundial*, Barcelona, Icaria/Intermón Oxfam, 2004.